



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera
nº 317 (2ª Época). Febrero 2019.

“Tenemos que adoptar, ante la vida entera, en cada uno de nuestros actos, una actitud humana, profunda y completa. Esta actitud es el espíritu de servicio y de sacrificio, el sentido ascético y militar de la vida.”

EN ESTE NÚMERO:

- 1. Fue inevitable la semejanza. *Manuel Parra Celaya***
- 2. El humanismo personalista, un paralelismo entre José Antonio y Emmanuel Mounier (y II). *Eduardo López Pascual***
- 3. Los orígenes de la División Azul en la prensa falangista. *Enrique de Aguinaga***
- 4. Eugenio Nadal, el falangista que da nombre al premio. *Alejandra Muñoz***
- 5. Desde México en defensa de José Antonio. *José Mauro González-Luna***
- 6. El suicidio de Europa. *José María Ramírez Asensio***

Era un bestseller y, por ello, lo dejé reposar, según mi costumbre. Ahora, con dos años de retraso, he terminado la lectura de *Patria*, de Fernando Aramburu. No me ha defraudado en absoluto; me la habían recomendado personas de confianza, pero, fuera por la prioridad que tenían otros afanes y lecturas, fuera por el impulso de limitarme a releer novelas en busca de nuevas impresiones acordes con la edad (Borges dixit), había aplazado el consejo.

No voy a aburrir al lector profano con detalles técnicos sobre la obra, propios del profesor de literatura que quedó atrás; diré, sencillamente, que me ha gustado, tanto por su composición y estructura, como por algunos rasgos provocativos de estilo y por el contenido. En este punto, se atiende más a lo humano, en equilibrio entre lo psicológico y lo sociológico, que a lo estrictamente político. Constituye un reflejo del alma humana, sacudida por la tragedia que provocó el nacionalismo vasco y, a la vez, donde se reflejan las sinrazones impuestas por el mundo actual. Ante todo, es un espejo de una parte de España en la que el terrorismo y su cortejo penetraron de una manera atroz, con sus secuelas de muerte y dolor, de fanatismo y de tergiversación de conciencias.



No he podido evitar que me impresionara como retrato fiel de una situación, y esto se debe a la maestría del autor; pero, además, no he podido dejar de establecer constantemente un paralelismo con otra, y esto es consecuencia de mis preocupaciones como lector. La similitud entre lo que ocurrió en el País Vasco en los llamados años de plomo y sus secuelas posteriores y lo que está ocurriendo en Cataluña se me ha hecho forzosa.

En *Patria* se refleja un sector importante de la población abducida por los mitos nacionalistas, que son capaces de justificar lo injustificable; amistades truncadas, familias divididas, odios subterráneos, miedos, silencios cobardes, complicidades, concesiones, la aberración elevada a moda juvenil o a deporte... desfilan ante nuestros ojos en la mentalidad de muchas personas y, sobre todo, en las que viven su microcosmos de una pequeña localidad. Es especialmente escalofriante la actitud del párroco

-con alusiones a la del propio obispo, aquel tan tristemente recordado porque hacía distinción de aprecio entre sus hijos-, colaborador del separatismo y de sus acciones, justificador de los crímenes, indiferente ante el dolor de las víctimas y displicente en su relación con ellas. Y me impactado también observar como los jóvenes, seducidos desde las ikastolas en el ensueño, iban incorporándose, primero a las algaradas callejeras y luego a las filas de la banda terrorista, entre el aplauso de sus familiares y convecinos.

Se me objetará en cuando a mis pensamientos que en Cataluña ya no hay atentados, bombas y asesinatos desde la reinserción de los componentes de Terra Lliure a otros partidos más democráticos, y es cierto. De momento, aquí la violencia añeja al procés se está saldando con enfrentamientos de los CDR con las fuerzas de Orden Público autonómicas, con algún rifirrafe que otro y con algunas bofetadas y puñetazos. Pero, como he dicho en otras ocasiones, hay muchas clases de violencia...

Así, no he podido dejar de pensar en equivalencias de la situación que se plantea en la novela con la de los pueblos, ciudades pequeñas y no tan pequeñas, y en algunos barrios de las grandes capitales, donde se margina al discrepante, se mira con desprecio o con odio al españolista, con sospecha al forastero; donde el idioma o el origen sirve para diferenciar a los propios de los contrarios; donde las Instituciones callan o cooperan abiertamente con la agitación en calles y conciencias; donde el clero y gran parte de la jerarquía eclesiástica son el amparo, el respaldo moral o la colaboración más estrecha con el separatismo; donde se vacían las iglesias y, en secreto a voces, se llenan las trastiendas de las sacristías; donde el agitador de identidades campa por sus fueros; donde las aulas son laboratorios de intoxicación; donde también se han roto familias, amistades y relaciones; donde nadir se puede mostrar como español bajo pena de ostracismo y de vacío. Aunque no haya explosiones ni disparos...de momento.

El que vive en una gran ciudad podrá tacharme de exagerado y de alarmista, pero eso, como la suerte, también va por barrios; pero seguro que me darán la razón los vecinos no afectos de los pueblos, donde las banderas esteladas y los lazos amarillos del rencor son un constante aviso de que no se van a tolerar otros símbolos u opiniones que pongan en entredicho la verdad oficial, el dogma de la pseudorreligión nacionalista.

Con todo, una diferencia notable de la que debemos felicitarnos muchos catalanes: aquí, el miedo ya ha sido superado en muchos ámbitos y se es capaz de salir al aire en contraposición al ambiente. Si los separatistas no lograron sus objetivos completos, no fue tanto por la acción del Estado, durante años complaciente, tímida y timorata, sino porque otros catalanes manifestaron -y manifiestan- su repulsa y su oposición a la dictadura nacionalista.

Muchos personajes de Patria maduran paulatinamente y advierten lo disparatado de sus actitudes ovejunas; el propio etarra que forma parte esencial del protagonismo colectivo

de la novela llega al arrepentimiento desde su cárcel; el fugaz abrazo de las antiguas amigas - abertzale la una, viuda del asesinado la otra- que cierra la narración parece augurar una cierta reconciliación social. En Cataluña, esto aún no se ha dado y el abismo sigue abierto; lo peor es que nadie sabe cuándo se podrá cerrar.

Aquí no hay víctimas del terrorismo que pidan reparación o el arrepentimiento de sus verdugos, pero hay víctimas de la segregación, que siguen contemplando que sus hijos y nietos son educados en el fanatismo, que sus antiguas amistades o parientes les han retirado el saludo y que -entre diálogos con el Gobierno central de turno- sigue estando mal visto ser españoles en la propia España.

2

El humanismo personalista, un paralelismo entre José Antonio y Emmanuel Mounier (y II)

Eduardo López Pascual

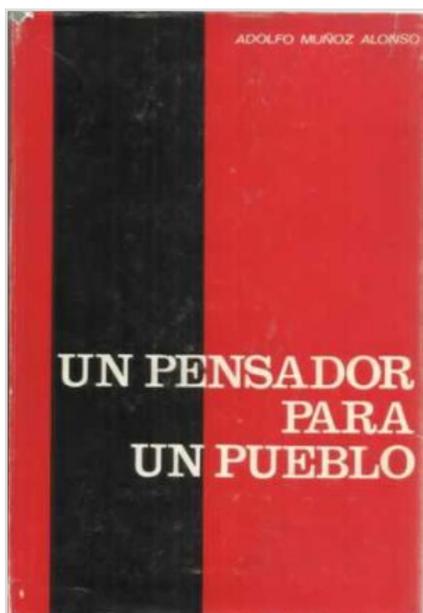


José Antonio que en su inicio político, lo mismo que anunció la justificación del socialismo, aduce unos valores en el intento fascista -hay que recordar que el fascismo lo inventó un destacado socialista como Mussolini- es casi al mismo tiempo que en consonancia con Mounier, declaraba una expeditiva denuncia de los fascismos, al considerarlos como un recurso vacío, una especie de bluf social y económico, porque cree junto al francés, que dejan intactas las normas que atan a la persona, relegando todas las responsabilidades individuales y colectivas al Jefe, que es por esta razón, autoritario y dictador. Hay en el fascismo -reconocen-, y por ende en el marxismo, también sometido a un Jefe intocable, (al fin las dos ideologías eran y son hijas del capitalismo), un falso humanismo que se enraizaba en un pseudo espiritualismo tratando de sustituir el sentido integral de la persona por un ser al que se le ha extraído, o se quiere extirpar, cualquier sentido trascendente y remitirlo a una pura fórmula materialista, lo que produjo en Mounier y en el propio José Antonio su oposición más radical.

En esto hay que recordar que por razón de una presumible posición en defensa del hombre, el marxismo en su versión socialista, era justificado por el fundador de Falange, y

ya, en el mismo discurso de la fundación de FE, octubre de 1933, decía: “*Por eso tuvo que nacer, y fue justo su nacimiento (nosotros no recatamos ninguna verdad) el socialismo*”. Reconocimiento que supondría para José Antonio algunas calumnias y opiniones malévolas sobre una imaginaria simpatía marxista. Muy parecido todo, a las imputaciones que le asignaron a Mounier, al que acusaron más de una vez, de supuesta cercanía comunista. Habría que recordar al hilo de estas reflexiones como José Antonio y Mounier no tuvieron reservas en saludar su compromiso con el pueblo; por eso, tal vez, Emmanuel Mounier, por ejemplo, reconociera en el partido comunista francés unos valores de identificación con los hombres y mujeres que, en verdad, tenían que tenerse en cuenta, “*Toda acción que no tenga en cuenta al pueblo –decía-, fracasará*”. Y seguía “*El partido comunista atrae las esperanzas del pueblo y si todas las flechas van contra ese partido, recordad que al traspasar su carne, perforará también la esperanza de los desesperados*”. Pero al final nada de esa confluencia era cierta, salvo la preocupación de ambos pensadores en hacer del hombre, sobre todo del explotado, del marginado, razón de toda su acción política por encima de cualquier estructura materialista o promesas liberalóides, aún cuando se tuviera presente la mística marxista respecto a ese mismo hombre.

A pesar de todo ni José Antonio ni Mounier olvidaron nunca su condición de cristianos, algo que los hacía incompatibles, en términos estrictos, con cualquier solución comunista, así que reseñamos que ni el uno ni el otro veían en las ideas de esta izquierda las respuestas que se pudieran salvar de la comprensión materialista de donde procedían. Entre



otras cosas, porque el Personalismo que propugnaban iba mucho más lejos que el “humanitarismo comunista”, y que, como el espíritu de la Falange primigenia, quiere aprovechar el motor revolucionario para abarcar toda la persona, tesis que estudiaran, por Mounier, el crítico Goguel, descrito por Cándido Moix en “*Le pensé d’Emmanuel Mounier*”, o “Emmanuel Mounier” de Lucien Guissard, y por el lado Joséantoniano, el escritor y filósofo Adolfo Muñoz Alonso en su imprescindible libro “*Un pensador para un pueblo*”.

Ocurrió que como denunciaron los dos pensadores y políticos que analizamos, esas izquierdas que vinieron como reacción natural y justa contra una dominación liberal, devino en una interpretación racionalista de la historia y de la vida, y como consecuencia previsible, en un materialismo histórico y la lucha de clases. Es decir, todo se reducía a un proceso economicista, y entonces el espíritu humanista de José Antonio y Mounier, tanto monta monta tanto, impedía que aceptasen esos postulados de dialéctica social que eran en el fondo unos principios meramente productivos. Los dos, separados por la distancia y el tiempo, comprendían al hombre en su superior humanidad, en un humanismo integro,

desechando un reduccionismo absurdo y falso que rechinaba incluso a otros marxistas, como Lukas- ya en un estadio revisionista-, que criticaban con inteligencia una idea tan restringida de su filosofía.

Como siempre hemos de regresar al concepto clásico e integral de la persona para desde ahí, comprometerse en el mundo en que se vive desde una perspectiva de solidaridad con los marginados y explotados por un sistema injusto y opresivo. Y es por eso que ninguno de los dos representantes de un personalismo combatiente, José Antonio y Emmanuel, asumieron un sentido constructivo del Romanticismo; una idea restrictiva del hecho reparador, como postulado de acción político-social, ni individual ni colectivamente considerado. Estaban bien apegados a la realidad del mundo en que vivían, del tiempo en que actuaban, de las circunstancias que le rodeaban. Naturalmente no había que confundirlos con una expresión somera positivista, sino éticamente realista.

Y aparece aquí un vínculo político que les hace -como intento exponer en este texto-, paralelos en su compromiso ante las sociedades respectivas. Rechazan por parciales, por incompletos, los sistemas marxista y capitalista, apuntando seguramente a la interpretación de lo que más tarde se llamó “Tercera vía”. Ya se anunciaba en el entorno de Emmanuel Mounier esa Tercera vía casi al mismo tiempo que surgen las ideas de José Antonio Primo de Rivera que, si no las define así, se igualaban en el fondo; desde luego esa interpretación nada tenía que ver con lo que se conoció como fascismo, en cualquiera de sus vertientes, desde el Movimiento Rex, belga, hasta el nacionalismo del rumano Condreanu, ya que estos partían de aspectos completamente distintos opuesto a la concepción doctrinal del autor de *L'Espriu* en Francia y de la Falange en España, en la que ambos líderes, prácticamente, componen, evidentemente, un paralelismo de entendimiento.

Para Mounier el Fascismo abandona la defensa del hombre frente al poder liberal- en su peor acepción-, para convertirse en un capitalismo estatalizado que, inevitablemente, tiende hacia un totalitarismo que anula la personalidad de los ciudadanos. El Fascismo -sentenciaba el ensayista francés-, ”era el más peligroso materialismo, porque constituía su forma más engañosa”. En José Antonio, el rechazo al sistema fascista quedaba bien claro y nítido cuando afirma en más de uno de sus discursos y escritos, su desasosiego a esta doctrina política. como se evidencia en sus manifestaciones más directas: “*El fascismo- señalaba-, es un buñuelo de viento*” o “*Jamás, ni en la más pequeña de nuestras hojas, se hace cita de él*”.

Todo esto nos parece claro porque tanto Mounier como Maritain- después de todo una especie de mentor-, los dos pensadores de tendencia cristiana, como el mismo José Antonio, afirmaban poner a la persona en el centro de los problemas éticos y obviamente, sociales y políticos, por extensión, plenamente humanos y que ambos ya habían dejados suscritos en “El manifiesto al Servicio del Personalismo”, el primero, y el “Personalismo integral” del

segundo, allá por los primeros años treinta, quienes de modo paralelo a José Antonio en España, consideraban las categorías individual y de grupo, insuficientes como respuesta; teoría que inmediatamente estuvo acompañada por las coincidencias con M. Huber, F. Stein o F. Levinas entre otros estudios y aportaciones que hoy, independientemente de los análisis que hicieran Ortega y Spengler, basándose en el pensamiento débil que cita por ejemplo, Urbino Ferrer, en sus colaboraciones con la revista de índole Personalista, *Acontecimientos*, que avalan los fundamentos y orígenes de ese movimiento en los efectos dialécticos de la primera Gran Guerra.

El laminado de conciencias empujó sin duda a su nacimiento y que hoy, frente a la diversidad de otros valores, o tal vez por falta de ellos, el Personalismo vuelve a tener vigencia y actualidad; la propia realidad de agentes externos, como pueda ser el consumismo, la civilización mediática, hacen que se vea pertinente la reflexión ética sobre la persona, Según nos recuerda U. Ferrer, mucho más cuando hay que recomponer la relación persona-comunidad, ahogada por situaciones perversamente egocéntricas.

Era por completo, una característica del movimiento Personalista que en pura objetividad unía el pensamiento de Mounier y José Antonio. amén de lo expuesto por Maritain, según veíamos antes, por un trato amable y ético, ofrecer un lazo irrompible por el que las personas, todas, independientemente de su origen y cultura, no se vieran sometidas a la repulsa individual o colectiva, y para ello había que superar los vínculos aparentes, como podría ser la imagen de unos individuos agrupados en las filas de un supermercado que se rompe cuando el interés de uno prima sobre cualquier otra consideración o, en alguna revuelta moderna- como en el caso de las Primavera árabes-, surgen colectivos muy diferentes unidos, solo, por un deseo común como sería la toma del Poder, pero que al conseguirlo desaparece esa cohesión ficticia. ¿Y qué decir de los ejemplos históricos de un interés cómplice en los individuos pero que al obtenerse, ese mismo interés los convierte en enemigos y se desvanece el espíritu unitario?

Y a esto, se ofrece ese sentido personal de la vida y la sociedad que pregonaba los Personalismos Humanistas, expuesto fielmente en su declaración institucional_ “Poner a la persona en el centro de toda ética”. Una aspiración que se construye desde una nueva reflexión de la comunicación, una interrelación del hombre y la sociedad pensando que, naturalmente, toda comunicación necesita inexorablemente conectar a las personas, algo que no se podía dar de forma aislada, sino siendo conscientes de que la persona, para sentirse como tal, urge de la sociabilidad, se llame solidaridad o, imperiosa comunicabilidad. Unos principios de actitud englobada en lo que se define como Personalismo, un camino que recorrieron en paralelo dos hombres de singular y parecida trayectoria que entiendo, fueron Emmanuel Mounier y José Antonio Primo de Rivera.

En 1946, los periódicos tenían prohibidas dos menciones: “Coros y Danzas de la Sección Femenina” y “División Azul”. La prohibición provenía del Director General de Prensa, Tomás Cerro Corrochano, dependiente del Subsecretario de Educación Popular, Luis Ortiz Muñoz, a su vez dependiente del Ministro de Educación Nacional, José Ibáñez Martín.

Había ocurrido que, en la crisis ministerial de 1945, los Servicios de Prensa, Radio, Cine y Propaganda, que dependían de la Secretaria General del Movimiento, pasan a depender del Ministerio de Educación Nacional, mientras que el Ministerio de la Secretaria

General del Movimiento no se cubre y queda vacante durante seis años, hasta 1951.



Había ocurrido el término de la Segunda Guerra Mundial y la necesidad de adaptarse a la política dominante de los vencedores,

disimulando en todo lo posible los vínculos o referencias con los vencidos. Y así, por ejemplo, se suprimió el saludo nacional establecido, que era el que se hacía con el brazo levantado.

¿Dónde quedaba toda la exaltación de la División Azul en 1941 que, con documentación minuciosa, describe Carlos Caballero en este su libro “Junio de 1941: El origen de la División Azul en la Prensa falangista”? La respuesta nos aboca a la triple cuestión de nuestra historiografía: 1. No se debe juzgar el pasado con mentalidad de presente, con desprecio de las circunstancias; 2. Hay que constatar el alto grado de ignorancia del pasado; y 3. Hay que reconocer como causa de tal ignorancia la tergiversación del conocimiento del pasado, manipulado en todos los modos y grados de la educación para la implantación de simplismos vehementes, cuando, con carácter general y particularmente en este caso, rige el principio de que todo es más complicado. Así se ha escrito recientemente, pomposamente, este dardo cargado: “El caudillo Franco envió la División Azul a combatir en favor de los nazis”

No hablo de oídas. En 1941, mozo de diecisiete años, tuve el impulso de alistarme en la División Azul; pero, huérfano reciente, republicano, en la pobreza, a solas con mi madre, me lo pensé. Luego, en la Redacción del diario “Arriba”, conviví con divisionarios,

mis camaradas Demetrio Castro Villacañas, Juan Rojas, Joaquín Alba, Fernando Vadillo, José Luis Gómez Tello, Virgilio Hernández Rivadulla, Jesús Martínez Tessier...

La obra de Carlos Caballero tiene dos partes bien diferenciadas.

La primera parte, homogénea, un examen metódico de la Prensa falangista, previamente acotada, en cuanto justificación y exaltación de la idea de la División Azul. Este examen se refiere a siete días, la semana que va del lunes 23 al domingo 29 de junio de 1941.

La segunda parte, a modo de circunstancias, reúne referencias concurrentes y heterogéneas como la actitud de otra Prensa (había otra Prensa), la organización de manifestaciones, el estímulo negativo de “la crisis de mayo” o la variedad de razones para el alistamiento de voluntarios.

En cuanto a la primera parte, debe matizarse la expresión “Prensa falangista” como “Prensa del Movimiento”, para suscitar la polisemia del término “falangista” de tan abundantes y variadas acepciones (el minifundio de las “cien Falanges”) que, con el tiempo, para evitar equívocos, se han ido depurando en lo joseantoniano. En “Informe sobre la Falange de José Antonio” (1972) se acotan tres dimensiones: la Falange de José Antonio (1933-1936), la Falange oficializada (1937-1966) y la Falange mental o superviviente.

En cuanto a la segunda parte, Carlos Caballero aporta información hoy sorprendente y categórica sobre “la crisis de mayo”, crisis de Serrano y de la Falange, que viene a corroborar el dominante y deliberado desconocimiento de nuestra historia próxima.

La diversidad de factores de aquella situación está inmersa en un lenguaje enfático y, visto al cabo de casi ochenta años, necesariamente anacrónico. Me imagino la actitud de un joven de hoy ante la retórica de aquel tiempo. Lo que este joven no puede imaginar es la naturalidad de aquel lenguaje porque le están enseñando todo lo contrario. Decía el maestro d’Ors que el énfasis es la naturalidad de los temperamentos enfáticos.

El tiempo de la División Azul era un tiempo naturalmente enfático. La salida de una guerra tremebunda. La glorificación de una victoria caracterizada como victoria contra el comunismo. El encuentro de vencedores y vencidos. Los ánimos de aprovechamiento, adaptación, prolongación, goce y sufrimiento de la contienda. La necesidad imperativa de la reconstrucción y de la calma. Todo esto, amén de los fines estratégicos, estaba en el espíritu y el cuerpo de la División Azul, en la que concurrían espontaneidad y organización.

Los analistas cuidadosos coinciden en que es Serrano Suñer quien conduce la idea, como Presidente de la Junta Política de F.E.T. y de las J.O.N.S, siendo a la vez Ministro de Asuntos Exteriores. La oportunidad la proporciona Alemania: la ruptura del pacto germánico-soviético con la invasión de Rusia (22 de junio). Serrano la aprovecha para poner en marcha el proyecto de un cuerpo expedicionario de voluntarios que salde la deuda con

Alemania sin que España entre en la Guerra. El embajador alemán, von Storher, y el Ministro del Ejercito, Varela, preferían la composición militar; pero Serrano consigue que Franco acepte su proyecto en el Consejo de Ministros del 23 de junio en el que Arrese, Ministro Secretario General del Movimiento propició el nombre de División Azul.

El 24 de junio, Serrano se traslada desde el ministerio de Asuntos Exteriores al balcón de la Secretaria General del Movimiento, Alcalá, 44, bajo el que se había concentrado la manifestación del SEU con la pancarta de “Voluntarios falangistas contra Rusia” y allí, con uniforme de Presidente de la Junta Política, arengó a los manifestante en términos que merecen ser repetidos en su integridad:

Camaradas: no es hora de discursos. Pero sí de que la Falange dicte en estos momentos su sentencia condenatoria: ¡Rusia es culpable! Culpable de la muerte de José Antonio, nuestro fundador. Y de la muerte de tantos camaradas y tantos soldados caídos en aquella guerra por la agresión del comunismo ruso. El exterminio de Rusia es exigencia de la Historia y del porvenir de Europa.

En la dialéctica de la jornada, en términos más apacibles, a la idea de venganza, se superponía la idea de “devolución de visita”

El propio Serrano ha confirmado el relato y siempre ha mantenido su exaltación de la División Azul como paradigma de honor y heroísmo. La Fundación Serrano Suñer registra los 155 artículos publicados por Serrano, principalmente en ABC. De ellos, seis se refieren a la División Azul: “Movilización anticomunista” (17-4-48, en “ABC”), “La División Azul” (enero de 1952, en “Mundo hispánico”), “Explicación ¿necesaria?” (13-12-60, en “ABC”), “Dionisio, soldado en Rusia” (29-6-65, en “ABC”), “Las dos guerras” (22-7-91, en “ABC”), “Septiembre 1939: ¡Era la guerra!” (2-4-92, en “Las provincias”)



Este libro de Carlos Caballero se incorpora a la ya notable bibliografía de la División Azul, como testimonio positivo, en el que, por encima de todos los pormenores y derivas, se salvan el idealismo de su origen y la proeza de su realidad.

Con motivo el 10 de febrero del aniversario de la batalla de Krasny Bor, tendrán lugar varios actos conmemorativos en en diversos puntos de España. En Alicante, será organizado por Carlos Caballero autor de la publicación cuyo prólogo de Enrique de Aguinaga traemos aquí.

Eugenio Nadal, el falangista que da nombre al premio que resucitó la literatura española

Alejandra Muñoz para El Independiente

En los años más convulsos de la Barcelona del siglo pasado, vivió y murió Eugenio Nadal (1917-1944), catedrático de Literatura y escritor que fraguó su prestigio a través de múltiples artículos, alguna poesía y un solo libro hasta convertirse en el epónimo del premio literario más antiguo que se concede en España, el Premio Nadal.



Fue redactor de Redacció entre 1932 y 1935, y redactor jefe de la revista Destino (hoy editorial) en Burgos. En 1940 se licenció en Filología Románica y ese mismo año fue profesor de Lengua y Literatura en el Instituto Balmes de Barcelona donde obtuvo al año siguiente la plaza de catedrático de Lengua y Literatura en Manresa.

El hombre que publicó bajo el seudónimo de Ennio, Catolicidad y patriotismo, en la revista de corto recorrido, Guión, es conocido como el malogrado de su generación, la de los escritores que parieron su primer libro durante la posguerra. Ciudades en España (1943) es un libro del que anda, mira y cuenta, una radiografía de paisajes y ciudades, significativa del clima cultural y político de España. Fue considerada una serie de artículos para la revista Destino y que fue prologada por Juan Ramón Masoliver.

Según documentos biográficos, Nadal tenía gran pasión por la piedras, no por casualidad fue uno de los más grandes paleontólogos. Entre otras cosas, Nadal era presentado como un héroe de la Cruzada y su escasa pero fragante y prometedor obra lo convirtió en un mito de la Barcelona de posguerra.

El año siguiente a la publicación a Nadal le sorprendió la muerte temprana por leucemia. Masoliver, amigo y prologuista de Nadal, escribió cinco días después de su fallecimiento, el 15 de abril de 1944, el artículo Donde el mar fiel duerme sobre mis tumbas elogiando la figura del finado. La admiración y afecto que le tuvo, lo dejó plasmado en el prólogo de

Ciudades en España así: “Ser católico, amar a España y su obra universalista, tener fe en los destinos de la Patria plenamente poseída y del ideal religioso y, por tanto, del ideal universalista, esto es ser patriota, esto es ser españolista”.

Los fundadores de Destino los Agustí, Pla, Fontana y Vergés quisieron hacerle un homenaje póstumo a Nadal que le salvaría para siempre del olvido dando su nombre al Premio literario de España concedido a la novela inédita. La joven Carmen Laforet sería la primera escritora en recibir este galardón el 6 de enero de 1945 por Nada. Los escritores que lo recibieron después son parte de las figuras más importantes de la literatura española del siglo XX.

5

Desde México en defensa de José Antonio

José Mauro González-Luna Mendoza

Dos hechos orillan a hablar sobre España en estos días de verano: el derribo en Vizcaya de una Cruz de piedra levantada en la postguerra civil, y la pretensión de algunos de horadar tumbas en el Valle de los Caídos. El desprecio de tradición e historia es característico de países decrepitos dice Ortega y Gasset, de tiempos de cobardía, de naufragio de la virilidad.

José Vasconcelos dijo alguna vez que en última instancia las Patrias se refugian en la conciencia del último hombre honrado capaz de mantener en pie su protesta. También se podría decir, en la memoria de quien heroicamente defiende y asume los valores específicos, eternos, intangibles de su pueblo –dignidad humana, libertad e integridad–, sin los cuales se desintegra y muere una nación. José Antonio Primo de Rivera es en España ese último hombre. Espíritu selecto, un caballero, personalidad de atalaya medida por el grado de sufrimiento ante una España invertebrada y triste. Él ya contaba con que la ingratitud, la injusticia, la incomprensión y el olvido «serían su galardón, y los aceptó abnegadamente».

En realidad, los fanáticos de derechas y de izquierdas, de hoy y de ayer, no comprendieron su programa porque era profundamente cristiano, porque no lo quisieron conocer o porque sus mentes eran y son de corto alcance. Lo calumniaron, lo difamaron ubicándolo en casilleros falsos para desprestigiar su memoria, suerte común de grandes espíritus. Hilaire Belloc dio en el blanco en diciendo que al hombre de bien lo detesta el mundo: Madero, muerto, González Flores –mártir cristero– muerto, Juana de Arco, muerta, María Estuardo, muerta, Tomás Moro, muerto, José Antonio, muerto cara al sol.

Cuando fragua la vida en el preciso momento de la muerte se conoce la altura humana. José Antonio en cuyo nombre está todo el hombre, dio testimonio de serenidad y

nobleza ante el piquete que le canceló la vida, con palabras de bien, nunca jactanciosas, pues el morir joven es triste aún para los héroes. En los 27 puntos doctrinarios de FE (Falange Española), número imperial elegido por relieves del Arco Benevento con la visión política de Trajano, emperador español, trazó en un noviembre del '34, junto con otros grandes, el programa político para la reconstrucción de la riqueza y gloria de España. Consideraba repulsiva, por elemental sentido histórico y cultural, toda conspiración contra la unidad por lo que los separatismos eran un crimen imperdonable.

Concebía una Patria, un Estado nacional, fuerte, con «sentido de catolicidad», de *todos*, es decir, totalizador en la acepción joseantoniana de que en el mismo todos cabían sin excepción, en el que individuos, clases y grupos participarían a través del desempeño de las funciones de la familia, el municipio y el sindicato, y donde se rendiría tributo, el más alto, a la dignidad humana y a la libertad, en contraste con el concepto del totalitarismo excluyente



de los colectivismos neopaganos de izquierda y derecha que no les rendían tributo, sino que al contrario, las aniquilaban con su lucha de clases fundada en el odio y la supuesta pureza racial. Su idea de representación era por tanto de índole orgánica y cohesionadora, frente a la artificial, mecánica y desintegradora del parlamentarismo liberal. En la suya, eran las familias, los campesinos, los obreros, los profesionistas, los sindicatos, quienes encarnaban tal representación, en tanto en la de signo liberal era asumida por los

partidos tras los cuales latían mezquinos intereses de facción.

Frente a la lucha de clases del materialismo marxista y al egoísmo de la derecha capitalista, se levanta la convocatoria de FE a una «cooperación animosa y fraterna». Quería José Antonio devolverle a la Patria su grandeza, apelando a las virtudes heroicas y a la justicia social para que España toda compartiera el pan con el pueblo entonces hambriento.

Los marxistas encasillaron a FE en el fascismo, sin distingos ni matices de tiempo y circunstancia. Tal sistema era un ensayo de curso corriente en la Europa posterior a la Gran Guerra. En los días de José Antonio, ese «ismo» no tenía el carácter infamante que después adquirió. Pero además en su momento, José Antonio dejó en claro el asunto al asentar: «mienten quienes anuncian a los obreros una tiranía fascista». No podía serlo al enarbolar la Falange los valores eternos e intangibles de la dignidad, concordia y libertad humanas, del sentido nacional en contraste con el de la internacional, y de catolicidad frente al del ateísmo.

El comunismo soviético, el nazismo alemán así como el fascismo italiano, eran totalitarios en el específico sentido filosófico y de praxis política: el de la subordinación absoluta de cada persona humana al Estado entendido como substancia, como el todo, en franca derrota de la dignidad humana. Tres sistemas políticos colectivistas tributarios del materialismo con sus atroces consecuencias para la libertad. ¡Qué contraste con los 27 puntos de Falange, henchidos de espíritu y fraternidad, rindiendo como afirmara José Antonio, el máximo tributo a dicha dignidad!

Y sin embargo, en esa época de principios de los años treinta del siglo pasado, no se anticipaba el desenlace siniestro de las políticas instrumentadas posteriormente en Alemania, la URSS e Italia, a raíz de la Segunda Guerra Mundial. Incluso el cardenismo en México emulaba en gran parte el corporativismo del sistema del partido de la Italia de ese tiempo, y Stalin hacía pactos con el gobierno nacionalsocialista que surgía democráticamente en la Alemania del 33, antes de aliarse con el Occidente libre para ruina después de ese mismo Occidente.

Fue la suya, la de José Antonio, obra original de filosofía política con sus propias definiciones de los conceptos de su discurso con aire de milicia, fruto de la síntesis de su genio: traducida su doctrina a hechos concretos en defensa de España, primero a través de la crítica y del grito de «presente» con que se saludaba a los caídos, y luego por necesidad, mediante los puños y las pistolas y con la verdad eterna de su catolicismo social. Había que arrancar del cuello español, la garra asesina del marxismo, con Stalin a la cabeza cual Medusa, y con el Lenin español Largo Caballero al lado, como peón de estribo del genocida. El marxismo soviético tanto como el materialismo racial alemán, fueron dos sistemas genocidas, con sus campos de concentración y sus gulags, donde se asesinaron a millones de seres humanos, inocentes e indefensos. Dos inmensos lodazales de sangre que anticiparon el infierno. Dos formas de odio a la cultura judeo-cristiana y a sus valores.

La izquierda asesinaba impunemente, a carcajadas y muchas veces por la espalda, a los jóvenes falangistas para luego ya caídos, ultrajar sus cuerpos inertes orinándose en ellos, en obediencia ciega a los amos soviéticos que se esforzaban por doblegar a España para tragársela e incorporarla a su tiranía. Por ello, llegó el momento de la defensa legítima contra tales crímenes, contra tales odios, contra tales insultos.

Por otro lado, repudiaba la Falange el sistema capitalista que se desentiende de las necesidades del pueblo, deshumaniza la propiedad privada y aglomera a los trabajadores en masas propicias a la miseria. Censuraba a los partidos por fragmentar, por ir contra el sentido de unidad. Concebía a España en lo económico como un gigantesco sindicato de productores. Cabe señalar que tampoco era monárquico, pues consideraba que la grandeza de la Monarquía, la imperial, había concluido con Felipe II, y la otra ya no respondía a los nuevos tiempos que exigían por la penuria moral y material de España, el heroísmo de Falange Española, una «revolución de lo eterno» que es lo contrario de la otra revolución, la de los neopaganos, liberales o marxistas.

Su sentido espiritual y nacional, hizo que también repudiara el marxismo que descarriaba a las clases laboriosas. Fue amigo de los obreros, de los pobres, de los campesinos. Indalecio Prieto del Partido Socialista, encomiaba en su tiempo la personalidad de José Antonio. Unamuno quien conoció y escuchó la palabra de José Antonio, dijo de él: «uno de los cerebros más privilegiados de Europa», a raíz de su asesinato por los comunistas españoles en Alicante, el 20 de noviembre de 1936, en los albores de la guerra civil. Diego Abad de Santillana, anarquista: «patriotas como él no son un peligro, ni siquiera en las filas enemigas».

Contemplaba, sentía y le dolía una España injusta, pobre, escuálida. «Amamos a España porque no nos gusta» había dicho Unamuno. Su plan agrario era más radical que el del Partido Comunista Español. Defendía la tendencia a la nacionalización de los servicios del crédito para proteger de los abusos del gran capital financiero a la propiedad privada como medio lícito para cumplir fines individuales, familiares y sociales –propiedades comunales frente a latifundios desperdiciados y minifundios antieconómicos–.

Brillaba él como estrella en medio de una desoladora mediocridad política: no quería ver a partir del primer tercio del siglo xx, una prolongación del xix, como de hecho sucedió a la postre por su ausencia, por su muerte en la flor de la vida, a los 33 años. Atisbaba una España nueva, alegre, y que sólo los genios configuran en una síntesis de tradición y cambio. Estuvo siempre en búsqueda de la fórmula política idónea y original, apropiándose de lo valioso de cada sistema y descartando lo falso de cada uno.

Todos los grandes forjadores de la historia lo han hecho: han buscado el ideal sin despreciar nada de lo que pudiera arrojar alguna luz. Anacleto González Flores, líder intelectual y mártir cristero asesinado en México por el callismo en 1926 al comienzo de la Guerra Cristera, apelaba a lo mejor de Aristóteles con su ética de la práctica de las virtudes como ejes de la vida humana plena, no obstante su ceguera ante la esclavitud y el papel de la mujer, a lo noble de Nietzsche, en otros aspectos, el anticristo.

José Antonio fue el mayor tribuno de Europa, sin cuya muerte el terror no habría sobrevenido en aquella época convulsa, como lo menciona Ortega y Gasset en su Tríptico. Y hablando de Ortega, José Antonio tuvo fuerte influencia de él y su *España Invertebrada*. También de Miguel de Unamuno y su *Sentimiento Trágico de la Vida*, tan español. Sentido heroico de unidad nacional y de destino universal, como rocas sobre las que se hace perdurar un pueblo.

Enemigo de la funesta ideología sensualista desprendida de la realidad, del ginebrino Juan Jacobo, padre que despreció a sus propios hijos y padre de la tiranía de las mayorías a las que debían manipular unos pocos pícaros, lo de hoy y antaño; teórico de la democracia liberal, cuya filosofía es dudar de todo, incluso de la conveniencia de su existencia política

misma, como alguien sabio dijo alguna vez no sin sarcasmo y que equivale en la práctica, salvo excepciones insulares, a un nauseabundo escamoteo de números.

Hoy el clamoreo de los mediocres y de los beatos de toda índole, de los tenderos de izquierda y derecha, cae en el vacío porque los grandes espíritus, los vivos y los muertos, son capaces de soportarlo todo, a veces en silencio, como Cristo ante el gran Inquisidor. Son esos mediocres cortos de vista y filisteos, los que siempre han pretendido destruir la difícil unidad lograda a lo largo de los siglos por los que aman a España, desde Don Pelayo y el Cid pasando por Isabel de Castilla y Fernando y la reconquista de Granada, hasta el César Carlos V y Felipe II. Esa unidad es la que defendía José Antonio hasta el martirio en Alicante. La unidad de historia y destino compartidos en la diversidad genera grandezas; la desunión, decadencias.

España y mi patria mexicana, hija como tantas, del mestizaje de españoles y de indígenas, hecho cultural objetivo cuyo desconocimiento por los adversarios de la Fe Católica y su tradición cultural, ha impedido la conciencia plena de identidad nacional, son irrevocables. España no es de nadie en particular, menos podía serlo de los soviéticos de entonces, de los envidiosos de la personalidad de José Antonio, única por su genio, nobleza, generosidad y valentía.



Pertenece José Antonio a la legión de héroes que han resistido y combatido a los enemigos del bien y la verdad; pertenece a las víctimas de la historia encabezadas por el Nazareno de 33 años, y de las que hablara encomiablemente el último Horkheimer, el anhelante de justicia.

A España la amamos porque nos enseñó el castellano que entraña una filosofía de la vida y nos trajo la Fe católica, y porque a diferencia del puritano de Inglaterra que arrojó a la mujer indígena en reservaciones, despreciándola, el español la abrazó para fundar una nación –Paz se equivoca en su Laberinto anticipado en varios de sus temas por el filósofo Samuel Ramos– al desnaturalizar por influencia protestante, el sentido de tal encuentro, encuentro creador de un pueblo nuevo que recuerda el rapto de las Sabinas, fundador de Roma. Hoy en plena época decrepita, de enanismo político, ningún partido español parece representar siquiera mínimamente los valores intangibles de la España anhelada para el porvenir por José Antonio. Muestra ella síntomas del vértigo de los derrumbes, de las desbandadas, de las ingratitudes al pretender horadar la tumba de José Antonio en el Valle de los Caídos para descargar los restos en cualquier fosa, como lo hicieron los fanáticos de la Francia del odio y del terror con la profanación de la tumba de San Luis, el cruzado, hijo de Blanca de Castilla, el patrono de Francia con Juana de Arco.

Y al igual que el resto de Europa, practica España el vicio de darle la espalda al espíritu que le dio vida, a la cultura cristiana que se dilató victoriosa a partir del siglo xi medieval, y que formó el Occidente civilizado y su forma de vida, siempre en tensión, en trance de superación o aniquilamiento.

Tumbar Cruces y gritar la Internacional, trabajo y aullido de tribu. Ojalá que pronto resurja en España el espíritu joseantoniano adaptado a estos tiempos, que por ser materialistas, auguran paradójicamente renacimientos morales, según Max Scheler en su *Sociología del Saber*. El porvenir español exigiría una moral abierta a la concordia, como la de Bergson. ¿Dónde está la España milenaria, la del Cid, Cervantes y Juan de Austria, ante el derribo de la Cruz, escondida y acobardada frente a unos cuantos fanáticos, enfermos de odio? ¿Dónde los católicos españoles?

En tanto, pues no hay mal que dure cien años, parece sólo caber por ahora el testimonio viril, la resistencia de las víctimas de una época oscura, mezquina, cobarde, animalizada, que encara el eclipse de Dios como señalara Martin Buber.

«Esperar contra toda esperanza», y aun suponiendo sin conceder, que nos deparara la nada, pensar trágicamente como Unamuno: que ello sería una injusticia. La historia y la política no son por fortuna el núcleo de lo humano, son como dice Rilke, la periferia de una esencia íntima, alegre, sencilla, serena, interior de cada persona, donde habita el espíritu en búsqueda obstinada de eternidad. Solamente una obra de arte puede expresar ese interior luminoso. José Antonio y su conducta fueron, son y serán en el porvenir, obras de arte. José Antonio, presente junto a los compañeros.

6

El suicidio de Europa

José María Ramírez Asensio

En los últimos días del año que hace poco nos abandonó, se produjo una noticia que, me temo, pasó, para la mayoría de los ciudadanos, totalmente desapercibida. Los pocos medios que la trataron pasaron de puntillas por ella y, por supuesto, no profundizaron en la misma ni en el calado que podría tener.

Se trata de una sentencia que el Tribunal Europeo de Derechos Humanos dictaba el pasado 18 de diciembre, en relación a un contencioso conocido como caso *Molla Sali* (sobre un asunto de herencia en que la viuda que debía heredar vio como perdía dicha herencia por aplicación de la ley islámica), y de acuerdo a la cual, los Estados europeos podrán permitir

que sus ciudadanos musulmanes se rijan por la la citada ley islámica, la denominada “sharia”.

La corriente “buenista” dominante en esta Europa políticamente correcta nos está llevando, incluso a instituciones supuestamente prestigiosas como es ese Tribunal Europeo, a adoptar decisiones, políticas y jurídicas, que, empujados por ese multiculturalismo de salón del que hacen exhibición nuestros dirigentes, y ese sentimiento incomprensible de inferioridad de la civilización occidental actual, cuando su superioridad, al menos moral, con respecto a la islámica, es más que evidente, aunque Teresa Rodríguez no lo crea, llevan irremisiblemente a la liquidación de la cultura europea tal y como la conocemos.



Bien está que lleguen inmigrantes, legales, a nuestra vieja Europa, pero condición indispensable para su permanencia en ella debería ser su respeto a las normas y convenciones por las que en ella nos regimos y a la cultura de la que provenimos. Una sentencia del tipo de la que dictó el Tribunal Europeo de Derechos Humanos el 18 de

Diciembre pasado abre una peligrosa vía que propiciaría que, en aquellos países con una comunidad islámica lo suficientemente potente, esta pudiera exigir, utilizando para ello dicha sentencia, regirse por tribunales especiales fundamentados en la ley islámica, la sharia, basada en el Corán, que prescribe cosas como que en caso de divorcio, la mujer debe contar con el consentimiento de su marido y, al mismo tiempo, pagarle la dote o que si la mujer comete adulterio, se enfrenta a la muerte por azotamiento o lapidación. Que la mujer musulmana está sujeta a castigo después del testimonio de cuatro hombres “justos”, o tres hombres “justos” y dos mujeres “justas”, o que, sin embargo, la palabra femenina no tiene valor ante un tribunal y que crímenes que establece la sharia, como la homosexualidad, el adulterio, beber alcohol o combatir contra el régimen islámico, sólo pueden ser probados por los hombres. O que si una mujer presenció una violación o un robo, no tiene derecho a atestiguar y, en caso de hacerlo, será castigada con 80 latigazos....., etc.

En una sociedad como la actual, con invasión de colectivos feministas radicalizados en cuanto a la reclamación de derechos y, sobre todo, en cuanto a la inculpación, casi la criminalización, del hombre por el mero hecho de serlo o con una aplastante profusión de grupos propagando los postulados LGTBI, es totalmente contradictorio y chocante que los mismos partidos de izquierda que sostienen esas asociaciones feministas radicales o esos grupos LGTBI estén, al mismo tiempo, apoyando la islamización progresiva de nuestras sociedades en aras de ese multiculturalismo buenista del que hablaba al principio, legitimando la implantación en el seno de nuestras comunidades, de raíz cristiana, de usos,

costumbres y ahora también normas, que relegan y humillan a la mujer o los homosexuales, entre otras cuestiones.

Y habrá quien me responda: si, pero eso sólo regiría entre ellos. Y así es, pero el efecto expansivo y contaminador que tendría dicho hecho para el resto de la sociedad que conviviera con esa comunidad sería devastador. O ponemos urgentemente coto a los excesos del multiculturalismo en nuestra sociedad o el fin de Europa está cerca. Un suicidio asistido.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com